

TODOS LOS DIABLOS
TIENEN SED

ALEJANDRO CORTÉS GONZÁLEZ

TODOS LOS DIABLOS
TIENEN SED



© 2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia.
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© 2022, Alejandro Cortés González

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova

Editor: Julián F. Beltrán Sierra

Diseño de portada: Manuela Córdoba

Ilustración de portada: "Fattigmannen (El mendigo)", de Theodor
Kittelsen, 1895

Fotografía del autor: Freddy Romero

Concepto de portada: Alejandro Cortés

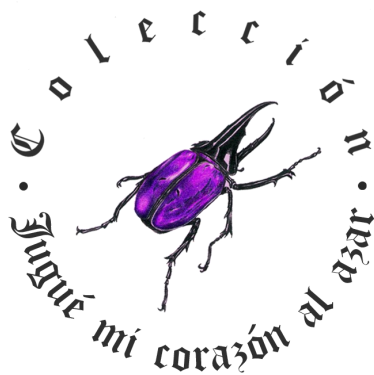
Diagramación y diseño del interior: Juliana Saray Ramírez

ISBN: 978-628-7546-01-1

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Eustasio Rivera

PREFACIO

Poética del aburrimiento

El arte de la narración empieza donde la acción se detiene

Roland Barthes

Escribo como puedo: como un hombre minúsculo. Haga de cuenta, como si las cosas me fluyeran, aunque no siempre fuera así. Por eso confío, no tanto en el método con el que yo me afirmaría a mí mismo la escritura, sino en la sonoridad que una corriente debajo del pensamiento me pide que le ponga palabras; y estas llegan cargadas de significados nuevos, imágenes nacientes, con la emoción aún tibia; entonces siento que fluyo y continuo aunque sepa que mi punto de partida fue una pulsión rítmica bajo mis palabras —creo que esa es la razón por la que trato de no parar e identificar esa cadencia con la silueta más fiel de pensamiento primitivo que toma su origen en el cuerpo y no en la lógica transida de los métodos, de tal modo se podría decir que avanzo por no cortar el manantial que viene del sótano de mis cimientos—, y hasta me creo sabio, no porque lo sea, sino porque, como dice Duras, “Escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos”, por eso no sería

cualquier sabio sino, más bien, uno que habla con voz de helio, o sea, un humano que habla como humano, libre de la pretensión de mostrar lo mucho que ha estudiado y que habla porque al escribir destaca la oralidad.

Sabe que cada palabra escrita es la representación del aire que sale de una boca, por eso vuelve al origen y escribiendo, habla. ¡Ah!, y habla con voz sacada de un globo de helio en la fiesta de un niño que lo escucha atento y ríe y aprende porque las grandes palabras no necesitan acentos impostados, ni latinismos, ni extranjerismos, para ser grandes. Por el contrario, les viene bien el liviano color del helio, con esa tonalidad aguda que tienen los niños cuando hablan, cuando gritan, cuando ríen y no les interesa escribir como hombres grandes.

Así las cosas, se podría decir que escribo contra esa noción de método que pretende abarcar en una definición exacta o en un proceso detallado, la forma en que la escritura se desarrolla en un humano, como si todas las veces fuera a ser igual, como si el arte se pudiera limitar a un formulismo metódico, desconociendo la naturaleza simbólica —no explicativa—, del lenguaje. Me atrae pensar que la experimentación de un misterio es también una forma de estudio. Pero bueno, ya me estoy alejando. Lo anterior sonaría ridículo con la voz de helio de la que hablaba. Venía tranquilo; estaba inflando globos en la fiesta de un niño y apareció la rabia de repente, sin que yo la hubiera llamado. Eso es lo que me gusta de escribir: que salen emociones que no invitamos al comenzar el texto.

Haga de cuenta, como cuando llega a la fiesta un invitado no deseado y nos pone incómodos, o sea, nos saca de la estabilidad, y esa incomodidad, además de ser un

descubrimiento, nos enseña algo de nosotros que no sabíamos o que no creíamos saber, y nos pone a prueba a ver cómo reaccionamos hablando con la misma voz de helio en la misma fiesta infantil, pero —aquí se pone bueno el asunto— ante alguien que nos incomoda profundamente. Y cuando le hablo de “profundamente” no me refiero a que haya mucha ira, sino a que ese estímulo de incomodidad va a sacar algo de nuestras profundidades, del sótano de donde viene la sonoridad de las palabras; mejor dicho, vamos a abandonar la superficie para luego regresar, como si un buzo emergiera a la playa con un medallón de oro traído del fondo del mar, o como si un minero llegara al taller del escultor con una piedra negra extraída del fondo de la mina. ¿Qué es eso? ¿De dónde salió? ¿Qué se supone que debo hacer con esta cosa? Ahí está la incomodidad creativa del escritor en el mundo y a pesar del mundo: seguir inflando globos de helio con una piedra negra en la mano.

Y si escribo como puedo, ¿de dónde nace la escritura? Fácil. Nace del cansancio. Del hartazgo. Del aburrimiento. Walter Benjamin ya lo mencionó en su célebre cuento “El pañuelo”, preocupado por la pérdida de la oralidad y el detrimento de la narración literaria: “Y, al recordar las muchas horas que el capitán... anduvo paseando por la cubierta de popa, mirando ocioso hacia la lejanía, comprendí que el que no se aburre no puede narrar”. Para mí, repito, la escritura nace del aburrimiento. Una cadencia que se repite. Haga de cuenta como una letanía interna o un tema recurrente. ¿Ha sentido enigmas en los que la mente se detiene? Sí, como que se detiene, anda un poco y vuelve a detenerse. No es un hartazgo desagradable, pero sí

insoportable. Quienes lo toleran y lo ignoran, siguen con su vida. A los demás nos toca sentarnos a escribir.

Le voy a contar algo. De niño, mientras toda mi familia bailaba durante las tantas fiestas que tuvieron mis tíos, me gustaba subir a mi habitación en el segundo piso de la casa y sentarme a escribir. Odiaba bailar. Me producía repulsión la música tropical que tanto le gustaba a mi familia, pero me complacía verlos felices entre sus vallenatos, merengues y salsas. A los pocos minutos de estar en la sala ya no lo soportaba, me aburría, me desesperaba. Tenía que subir a escribir. ¿A escribir qué?... No lo sabía muy bien. ¿Cómo le explico?, era mi forma de huir de esa música. Al sentarme a escribir, comenzaba otra sonoridad: la mía, la de adentro. Sí, es algo así: ante la imposibilidad de cambiar la música, subía a escribir para encontrar mi propia sonoridad en las palabras. La que no celebraban en fiestas ni tenía el ritmo sonsonetudo que facilita el baile. Llegaba a mi cuarto a tratar de capturar mis cadencias con palabras.

En ellas podría mencionar alguna imagen que me hubiera sorprendido durante la semana como un recreo sin sol, o que me hubiera llamado la atención durante la fiesta como el detalle de la luz en una copa de aguardiente. Entonces, resumiendo, ante mi imposibilidad de cambiar de música, escribía. Ante mi imposibilidad de capturar una imagen con dibujos —era y sigo siendo un pésimo dibujante—: escribía. Sin quererlo, ya había descubierto en el LENGUAJE la posibilidad de traer una IMAGEN y el RITMO subterráneo de sus intensidades. Lenguaje, imagen y ritmo: los tres elementos constitutivos de la poesía. No me importaba sobre qué escribía. Nunca sabía sobre qué lo iba a hacer. Escribía por la fascinación de huir a un lugar

más mío que mi casa. Después de tantos años de mudanzas familiares, estudiantiles, románticas, sexuales, conyugales, posconyugales, definitivas, temporales, laborales, bohemias, profesionales y hasta del núcleo unifamiliar que se forma consigo mismo, he llegado a la conclusión de que la casa de un hombre debe ser el lugar donde suena la música que lo habita. Escucho rock y metal en un país tropical; mi música le gusta a pocos. Escribo porque me aburre el mundo que me nutre. Escribo para sentirme en casa.

Para quienes nacimos en una ciudad, es familiar la imagen del sol que se asoma, no sobre sembrados y montañas, sino detrás de autos y edificios. El tungsteno de las noches, el ruido de los motores, el caos de avanzar entre máquinas. Por lo general, es más fácil tener empatía hacia mensajes relacionados con nuestro entorno. Tal vez sea por eso que algunos de nosotros sentimos un poco distantes el folclor del campo. Hay memoria afectiva porque nos recuerda a los adultos de nuestra niñez, pero somos sustancia urbana, y el rocanrol fue quien primero nos habló de lo que somos y de lo que nos rodea.

El rock es el folclor de la ciudad. Es la música que palpité con nosotros cuando tuvimos conciencia para abrir los ojos. Para mí, habitante de una ciudad de clima frío al interior del país, me resultan foráneos los mares y llanuras del vallenato, el calor isleño del merengue y el sabor tropical de la salsa. ¿De qué mares, calor y trópico me hablan? Nací en una ciudad fría llena de edificios y gentes grises, con mil luchas salvajes y anónimas, como las que pueblan musical, lírica e ideológicamente, el movimiento del rock y el metal. En este sentido de afinidad contextual, y no de fronteras geográficas, el rock me es menos foráneo.

Nacer en el país que nacimos —cualquiera que sea—, nos da un punto desde donde comenzar a mirar; pero es sólo eso. No significa que debamos congeniar con todo lo que allí suceda. Y ya que el rock tiene la universalidad para ser música de cualquier urbe, podemos gustar de él sin que represente una traición a nuestras costumbres patrias. Nada, ni el lugar donde se nace, ni siquiera nosotros mismos, decide qué nos gusta y qué nos molesta. Tenemos una información adquirida por la genética y por la experiencia, que encaja con algunos mensajes y rechaza otros. Quienes llevan grabadas las imágenes del edificio que ensombrece el cielo, del aullido de las calles, de la orfandad que se olvida en la desmesura, probablemente, son más proclives a encajar con los mensajes del rock.

Ahora entenderá por qué he emprendido tantos proyectos literarios relacionados con la música; incluso proyectos musicales relacionados con la literatura como *Grave Compañía*. Pierda cuidado: yo valoro su tiempo, así que sólo me referiré a *Todos los diablos tienen sed*. Siendo concreto, hablando en los términos de la voz de helio que no permite rodeos rimbombantes, se trata de un libro de cuentos sobre el rock y el metal en Colombia. Cuentos que muestran lo que significa escuchar o tocar rock y metal en un país tropical, desde los ochenta hasta la época actual, aunque me remito en algunos textos a la llegada del rock a Colombia, por allá en el año 57. Aclaro, no son cuentos homenaje a los rockeros; son historias sobre el orden ético de habitantes de Colombia, tanto cercanos como lejanos al rock, dentro de un contexto social e histórico definido: el rock en Colombia durante las últimas décadas.

Aunque el libro se vale de la cotidianidad, el paso del tiempo, los movimientos sociales, el cineclubismo —que

desde los sesenta ha atizado el fuego de esta música— y las culturas urbanas, no pretende ser la representación de una realidad, sino plantear una experiencia en sí misma de la forma en que el rock desempacó sus maletas en este país y tocó la vida de algunas personas. Como la mayoría de obras, es consecuencia de una realidad, a la vez que establece sobre ella una mirada crítica.

Aquí en confianza, no es bien visto ponerles un objetivo a las obras literarias. Sin embargo, después de dar vueltas y vueltas sobre las mismas preguntas, creo que sí persigo algo desde el inicio de la escritura de este libro. Me gustaría demostrar la universalidad del rock para permear la cotidianidad de un país tropical. Bueno, y si hablamos de objetivos tengo que remitirme a la idea. Esto ya es *súperconfianza*. Creo que la idea para este proyecto surgió de la posibilidad de desarrollar las historias, enfoques y diversidad ficcional remanente después de la publicación de *Notas de inframundo*, novela sobre el metal en Colombia publicada en 2010 por la Universidad Central. Es por eso que en *Todos los diablos tienen sed* abarco relatos comprendidos en Colombia, rural y urbana, desde los ochenta hasta la época actual, que exploren lo que significa escuchar o tocar rock en este lugar y en este tiempo. En términos de Pamuk, ese sería “el centro de la novela”.

Quiero hacerlo a modo de cuentos porque cada relato me permite independencia narrativa, tonal y temática; cosa que en la novela es más complicada debido al sentido de unidad que debe lograr. Las búsquedas y recorridos que propongo están ligadas al rock, pero no necesariamente desde él. Es decir, incluye miradas de gente que escucha, toca, escuchó o tocó este tipo de música, así como de personas

relacionadas a espacios afines como cineclubes, bares, discotiendas o movimientos sociales, o de personas ajenas a esta manifestación musical.

El rock en Colombia ha sido un espacio liderado por hombres. Desde comienzos de este siglo aproximadamente, la mujer ha tomado protagonismo como músico y como escucha. Quiero darles fuerza a personajes femeninos para resaltar su punto de vista dentro o fuera de este movimiento, y tener en cuenta los fenómenos sociales del país como contexto político; lo anterior sin caer en el discurso feminista ni panfletario. Son sólo ficciones de la gente en Colombia, seguidores o no, pasando por el rock, y de cómo eso refleja lo que somos y la necesidad de empatía de una música foránea, que al aprehenderla empieza a ser nuestra. Así pues, los personajes presentes en *Todos los diablos tienen sed* son tanto músicos o seguidores del rock y el metal, como personas distantes a esta música pero que en algún momento se ven tocados por ella, tal vez sin darse cuenta. Esto con el fin de mostrar diferentes perspectivas de la música, no sólo desde quienes la siguen sino también desde quienes la ignoran o la odian.

Recordando lecturas y dándome varias vueltas por librerías virtuales y físicas, puedo decir que desde 2010 se ha afianzado entre lectores y rockeros una literatura que hermana estas dos corrientes; no sé si eso se pueda considerar una tradición literaria. En todo caso, me gustaría que *Todos los diablos tienen sed* contribuyera a afianzar más esa presencia. Encontré que, hasta la fecha, se han publicado en Colombia los siguientes libros cuyo contexto o protagonista es el rock: *Conciertos del desconcierto*, Magil, 1981 (Novela); *Las ceremonias del deseo*, Sandro Romero Rey, 2004 (Cuento);

Bogotá: epicentro del Rock Colombiano entre 1957 y 1975, Umberto Pérez, 2007, (Ensayo investigativo); *Notas de inframundo*, Alejandro Cortés González, 2010 (Novela); *C.M. No record*, Juan Álvarez, 2011 (Novela); *Días de rock de garaje*, Jairo Buitrago, 2012 (Novela); *Música para oídos zurdos*, Diego Sánchez González, 2015 (Crónica), *Cuentos para hundir un submarino*, Henry Alexander Gómez, 2021, (Cuento); y los libros de poesía *Manicomio rock*, Jorge Ladino Gaitán, 2009; *Diabolus in música*, Henry Alexander Gómez, 2014; *El álbum púrpura*, Alejandro Cortés González, 2021. En cuanto a *¡Qué viva la música!*, Andrés Caicedo, 1977 (Novela) y *Opio en las nubes*, Rafael Chaparro, 1992 (Novela), no las incluyo en este listado debido a que, a pesar de mencionar bandas y canciones, su temática no gira en torno al rock.

Estos libros los he consultado en profundidad, pero quise hacer énfasis en dos de ellos. El primero es *Bogotá: epicentro del Rock Colombiano entre 1957 y 1975*, Umberto Pérez, 2007, (Ensayo investigativo), por la concreción histórica que ofrece sobre el rock desde su llegada a Colombia a finales de los años cincuenta. Y el segundo, *Música para oídos zurdos*, Diego Sánchez González, 2015 (Crónica), ya que sus testimonios de resistencia social desde el rock, el metal y el rap, son una fuente importante para la relación entre rock, metal, política y sociedad que trabajo en algunos de los cuentos.

Por otro lado, el rock desde hace decenios ha invocado la literatura. Recuerdo algunos casos como Iron Maiden con “The Rime Of An Ancient Mariner” de Samuel Taylor Coleridge, Celtic Frost con “Tristesses De La Lune” de Baudelaire, Metallica con “The Call Of Cthulhu” de H.P.

Lovecraft, Ulver con *The Marriage Of Heaven And Hell* de William Blake, Diamanda Galás con “Les Litanies De Satan” de Baudelaire, Cradle Of Filth con un tributo a Lord Byron, Eternal Lament (Colombia) con un homenaje a Hermann Hesse, por citar algunos. Además de Leonard Cohen, Luis Alberto Spinetta, Jim Morrison y Fernando Ribeiro (Moonspell) que, paralelo a su trabajo como vocalistas, publicaron libros de poesía.

A estos puentes debo mi gratitud. Fue el metal quien me condujo a la puerta del sótano donde la literatura aguardaba. Los libros siempre esperan, saben hacerlo; conocen el momento en que deben llegar a nosotros. Los hombres sólo aprenden a esperar cuando su interioridad se despoja de la ansiedad de la carne, y encuentra en el libro la intranquilidad secreta de los cuerpos en reposo. La tarde en que Moonspell me guio por el brumoso santuario del *Irreligious*, abrió la bóveda con “Opium” y me dijo “Ya estás listo para ver una de las caras de Pessoa”. Lo recuerdo... y también a las bandas que lanzaron relámpagos dentro de casas en ruinas. En cada destello, apariciones de simbolistas, románticos, prerrománticos; el absoluto y aterrador Lovecraft. Desde entonces presencia en la poesía, el corredor subterráneo donde tiembla el eco del rock.

Pero bueno, volviendo a *Todos los diablos tienen sed* le cuento que tomé la decisión consciente de usar un lenguaje cercano a la oralidad actual del colombiano promedio, desprovisto de ornamentos rimbombantes o anacrónicos, pero cuidado en términos de eufonía y abierto a la eventual aparición de una imagen poética, así que no lo llamaría lenguaje oral totalmente. Por lo general —no lo hice con todos los cuentos, pero sí con muchos de los que aquí se incluyen—,